

El descanso, las relaciones y la salud

Sábado de tarde, 7 de agosto

Este relato contiene lecciones de fe y aliento para los que están convencidos de pecado y abrumados por el sentido de su indignidad. La Biblia presenta fielmente el resultado de la apostasía de Israel; pero describe también su profunda humillación y su arrepentimiento, la ferviente devoción y el sacrificio generoso que señalaron las ocasiones en que regresó al Señor.

Cada verdadero retorno al Señor imparte gozo permanente a la vida. Cuando el pecador cede a la influencia del Espíritu Santo, ve su propia culpabilidad y contaminación en contraste con la santidad del gran Escudriñador de los corazones. Se ve condenado como transgresor. Pero no por esto debe ceder a la desesperación, pues ya ha sido asegurado su perdón. Puede regocijarse en el conocimiento de que sus pecados están perdonados y en el amor del Padre celestial que le perdona. Es una gloria para Dios rodear a los seres humanos pecaminosos y arrepentidos con los brazos de su amor, vendar sus heridas, limpiarlos de pecado y cubrirlos con las vestiduras de salvación (*Profetas y reyes*, p. 493).

El amor de Dios es algo más que una simple negación; es un principio positivo y eficaz, una fuente viva que corre eternamente para beneficiar a otros. Si el amor de Cristo mora en nosotros, no solo no abrigaremos odio alguno hacia nuestros semejantes, sino que trataremos de manifestarles nuestro amor de toda manera posible...

Cuando alguien que profesa servir a Dios perjudica a un hermano suyo, calumnia el carácter de Dios ante ese hermano, y para reconciliarse con Dios debe confesar el daño causado y reconocer su pecado. Puede ser que nuestro hermano nos haya causado un perjuicio aún más grave que el que nosotros le produjimos, pero esto no disminuye nuestra responsabilidad. Si cuando nos presentamos ante Dios recordamos que otra persona tiene algo contra nosotros, debemos dejar nuestra ofrenda de oración, gratitud o buena voluntad, e ir al hermano con quien discrepamos y confesar humildemente nuestro pecado y pedir perdón (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 53).

Si hemos defraudado o perjudicado en algo a nuestro hermano, debemos repararlo. Si hemos dado falso testimonio sin saberlo, si hemos repetido equivocadamente sus palabras, si hemos afectado su

influencia de cualquier manera que sea, debemos ir a las personas con quienes hemos hablado de él, y retractarnos de todos nuestros dichos perjudiciales.

Si las dificultades entre hermanos no se manifestaran a otros, sino que se resolvieran francamente entre ellos mismos, con espíritu de amor cristiano, ¡cuánto mal se evitaría! ¡Cuántas raíces de amargura que contaminan a muchos quedarían destruidas, y con cuánta fuerza y ternura se unirían los seguidores de Cristo en su amor! (*El discurso maestro de Jesucristo*, pp. 53, 54).

Domingo, 8 de agosto: Enfrentar el pasado

Habiendo oído hablar de la abundante provisión hecha por el rey de Egipto, diez de los hijos de Jacob se trasladaron allá para comprar granos. Al llegar, los llevaron a ver al virrey, y juntamente con otros solicitantes se presentaron ante el gobernador de la tierra. “E inclináronse a él rostro por tierra”...

Al ver a sus hermanos inclinándose y saludándole con reverencias, José recordó sus sueños, y las escenas del pasado se presentaron vivamente ante él. Su mirada penetrante, al examinar el grupo, descubrió que Benjamín no estaba entre ellos. ¿Habría sido él también víctima de la traicionera crueldad de aquellos hombres rudos? Decidió averiguar la verdad...

José deseaba saber si todavía tenían el mismo espíritu arrogante que cuando él estaba con ellos, y también quería obtener alguna información respecto a su hogar; no obstante, sabía muy bien cuán engañosas podían ser las declaraciones que ellos hicieran (*Historia de los patriarcas y profetas*, pp. 225, 226).

Los siervos de Cristo no han de actuar según los dictados del corazón natural. Necesitan tener una íntima comunión con Dios, no sea que, bajo la provocación, el yo se levante y ellos dejen escapar un torrente de palabras inconvenientes, que disten mucho de ser como el rocío y como las suaves gotas que refrescan las plantas agostadas. Esto es lo que Satanás quiere que hagan; porque estos son sus métodos. Es el dragón el que se aíra, es el espíritu de Satanás el que se revela en la cólera y las acusaciones. Pero los siervos de Dios han de ser representantes suyos. Él desea que trafiquen únicamente con la moneda del cielo, la verdad que lleva su propia imagen e inscripción. El poder por el cual han de vencer al mal es el poder de Cristo. La gloria de Cristo es su fuerza. Han de fijar sus ojos en su hermosura. Entonces podrán presentar el Evangelio con tacto y amabilidad divina. Y el espíritu que se mantiene amable bajo la provocación hablará más eficazmente en favor de la verdad que cualquier argumento, por enérgico que sea (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 319, 320).

Jesús es nuestra única esperanza. Podemos contemplarlo: Es

nuestro Salvador. Podemos confiar en su palabra y depender de él. Sabe exactamente qué clase de ayuda necesitamos, y podemos confiar seguramente en él. Si dependemos únicamente de la sabiduría humana para conducirnos, nos hallaremos en el bando de los perdedores. Pero podemos acudir directamente al Señor Jesús, pues él ha dicho: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”. Tenemos el privilegio de aprender de Aquel...

Tenemos un auditorio divino al cual presentar nuestras peticiones. Nada nos impida, pues, ofrecer nuestras súplicas en el nombre de Jesús, creyendo con fe inquebrantable que Dios nos escucha y que nos responderá. Llevemos nuestras dificultades a Dios, humillándonos delante de él (*Testimonios para los ministros*, p. 486, 487).

Lunes, 9 de agosto: Preparación del terreno

Sus hermanos [de José] permanecieron inmóviles, mudos de temor y asombro. ¡El gobernador de Egipto era su hermano José, a quien por envidia habían querido asesinar, y a quien por fin habían vendido como esclavo! Todos los tormentos que le habían hecho sufrir pasaron ante ellos. Recordaron cómo habían menospreciado sus sueños, y cómo habían luchado por evitar que se cumplieran...

Viendo su confusión, les dijo amablemente: “Llegaos ahora a mí”. y cuando se acercaron, él prosiguió: “Yo soy José vuestro hermano el que vendisteis para Egipto. Ahora pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; que para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros”. Considerando que ya habían sufrido ellos lo suficiente por su crueldad hacia él, noblemente trató de desvanecer sus temores y de reducir la amargura de su remordimiento...

“Y echóse sobre el cuello de Benjamín su hermano, y lloró; y también Benjamín lloró sobre su cuello. Y besó a todos sus hermanos, y lloró sobre ellos: y después sus hermanos hablaron con él”. Confesaron humildemente su pecado, y le pidieron perdón. Durante mucho tiempo habían sufrido ansiedad y remordimiento, y ahora se regocijaron de que José estuviera vivo (*Historia de los patriarcas y profetas*, pp. 233, 234).

Aunque José fue exaltado y llegó a ocupar el cargo de gobernante de toda la tierra, no se olvidó del Señor. Sabía que era extranjero en tierra extraña, que estaba separado de su padre y de sus hermanos que a menudo lo habían entristecido, pero creía firmemente que la mano del Altísimo había dirigido todo para que ocupara un puesto importante. A la par que dependía de Dios constantemente, cumplía con fidelidad los deberes de su cargo como gobernador de la tierra de Egipto...

Ellos [los hermanos de José] humildemente confesaron las faltas que habían cometido contra José, y le suplicaron su perdón, y se rego-

cijaron grandemente al encontrarlo vivo, pues habían sufrido remordimiento y gran angustia mental desde el momento cuando lo habían tratado con crueldad. Y ahora, al saber que no eran culpables de su sangre, se aliviaron sus mentes turbadas.

Con gusto José perdonó a sus hermanos, y los envió de nuevo con amplias provisiones y carruajes, todo lo necesario para traer la familia de su padre y sus propias familias a Egipto. José dio a su hermano Benjamín regalos más valiosos que los de sus otros hermanos. Mientras los enviaba les encargó: “No riñáis por el camino”. Temía que pudieran tener disputas, y culparse unos a otros en cuanto a su trato tan cruel con él mismo. Con gozo volvieron a su padre (*Spiritual Gifts*, t. 3, pp. 152, 167).

Jesús conoce las circunstancias que rodean a cada alma. Tú puedes decir: Soy pecador, muy pecador. Puedes serlo; pero cuanto peor seas, tanto más necesitas a Jesús. Él no se aparta de ninguno que llora contrito. No dice a nadie todo lo que podría revelar, pero ordena a toda alma temblorosa que cobre aliento. Perdonará libremente a todo aquel que acuda a él en busca de perdón y restauración (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 521, 522).

Martes, 10 de agosto: ¿Perdonar y olvidar?

Pedro había venido a Cristo con la pregunta: “¿Cuántas veces perdonaré a mi hermano que pecare contra mí? ¿hasta siete?”... Cristo enseñó que nunca debemos cansarnos de perdonar. No “hasta siete — dijo él—, mas aun hasta setenta veces siete”.

Luego mostró el verdadero fundamento sobre el cual debe concederse el perdón, y el peligro de albergar un espíritu no perdonador. En una parábola narró el trato de un rey con los funcionarios que administraban los asuntos de su gobierno. Algunos de ellos recibían grandes sumas de dinero que pertenecían al estado. Cuando el rey investigó la forma en que habían administrado ese depósito, fue traído delante de él un hombre cuya cuenta mostraba que debía a su señor la inmensa suma de diez mil talentos. No tenía nada con qué pagar, y, de acuerdo con la costumbre, el rey ordenó que fuera vendido con todo lo que tenía para que se pudiera hacer el pago. Pero el hombre, aterrorizado, cayó a sus pies y le suplicó diciendo: “Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo”...

“El señor, movido a misericordia de aquel siervo, lo soltó y le perdonó la deuda...”

El perdón concedido por este rey representa un perdón divino de todo pecado. Cristo es representado por el rey, que, movido a compasión, perdonó al siervo deudor. El hombre estaba bajo la condenación de la ley quebrantada. No podía salvarse a sí mismo, y por esta razón Cristo vino a este mundo, revistió su divinidad con la humanidad, y dio su vida, el justo por el injusto. Se dio a sí mismo por nuestros pecados,

y ofrece gratuitamente a toda alma el perdón comprado con su sangre (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 190, 191).

Si tus hermanos yerran debes perdonarlos. Cuando vienen a ti confesando sus faltas, no debes decir: No creo que sean lo suficientemente humildes. No creo que sientan su confesión. ¿Qué derecho tienes para juzgarlos, como si pudieras leer el corazón? La Palabra de Dios dice: “Si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti tu hermano, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale”. Lucas 17:3, 4...

No demos al que yerra ocasión de desanimarse. No permitamos que haya una dureza farisaica que haga daño a nuestro hermano. No se levante en la mente o el corazón un amargo desprecio. No se manifieste en la voz un dejo de escarnio. Si hablas una palabra tuya, si adoptas una actitud de indiferencia, o muestras sospecha o desconfianza, esto puede provocar la ruina de un alma. El que yerra necesita un hermano que posea el corazón del Hermano Mayor, lleno de simpatía para tocar su corazón humano. Sienta él el fuerte apretón de una mano de simpatía, y oiga el susurro: oremos. Dios les dará a ambos una rica experiencia. La oración nos une mutuamente y con Dios (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 195).

Miércoles, 11 de agosto: Cómo ponerlo e práctica

La cruz del Calvario nos atrae con poder, ofreciéndonos una razón por la cual deberíamos amar a nuestro Salvador y hacerlo el primero y el último y el mejor en todo. Deberíamos ocupar el lugar que nos corresponde como penitentes humildes al pie de la cruz. Allí, al contemplar la agonía de nuestro Salvador, al Hijo de Dios que muere —el Justo por los injustos—, podemos aprender lecciones de mansedumbre y humildad de mente. Contemplemos a Aquel a cuya sola palabra acudirían legiones de ángeles en su ayuda, transformado en un objeto de diversión y burla, de injurias y odio. Él mismo se entrega como un sacrificio por el pecado. Al ser vilipendiado, no amenaza; cuando se lo acusa falsamente, no abre su boca. En la cruz, ora por sus asesinos. Al morir, paga un precio infinito por cada uno de ellos. Soporta sin murmurar el castigo por los pecados del hombre (*Exaltad a Jesús*, p. 227).

El Cielo contempló con pesar y asombro a Cristo colgado de la cruz, mientras la sangre fluía de sus sienas heridas y el sudor teñido de sangre brotaba en su frente. De sus manos y sus pies caía la sangre, gota a gota, sobre la roca horadada para recibir el pie de la cruz. Las heridas hechas por los clavos se desgarraban bajo el peso de su cuerpo. Su jadeante aliento se fue haciendo más rápido y más profundo, mientras su alma agonizaba bajo la carga de los pecados del mundo. Todo el cielo se llenó de asombro cuando Cristo ofreció su oración en medio de sus terribles sufrimientos: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Lucas 23:34 (*El Deseado de todas las gentes*, p. 708).

El Maestro del cielo, no menos un personaje que el Hijo de Dios, vino al mundo a revelar el carácter del Padre a los hombres, a fin de que lo adorasen en espíritu y en verdad. Cristo reveló a los hombres el hecho de que la adherencia más estricta a las ceremonias y rituales no los salvaría; porque el reino de Dios era espiritual en su naturaleza... Presentó a los hombres lo que era exactamente contrario a las representaciones del enemigo en cuanto al carácter de Dios, y buscó impresionar sobre los hombres el amor paternal del Padre, quien “de tal manera amó al mundo, que ha dado su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él no se pierda, mas tenga vida eterna”.

Instó a los hombres a reconocer la necesidad de la oración, el arrepentimiento, la confesión y el abandono del pecado. Les enseñó a ser honrados, tolerantes, misericordiosos y compasivos, recomendándoles amar no solo a quienes los amaban, sino a los que los odiaban y los trataban despectivamente. En todo esto estaba revelándoles el carácter del Padre, quien es longánime, misericordioso, lento para la ira y lleno de bondad y verdad. Los que aceptaron su enseñanza estaban bajo la custodia protectora de los ángeles, quienes eran comisionados para fortalecer, iluminar, a fin de que la verdad pudiera renovar y santificar el alma (*Fundamentals of Christian Education*, p. 177).

Jueves, 12 de agosto: Cómo hallar descanso después del perdón

Sacado de una mazmorra, siervo de cautivos, donde fue víctima de la ingratitud y de la malicia, José se mantuvo fiel al Dios del cielo. Todo Egipto se asombró de la sabiduría del hombre a quien Dios había instruido. Faraón “lo puso por señor de su casa, y por gobernador de todas sus posesiones, para que reprimiera a sus grandes como él quisiese, y a sus ancianos enseñara sabiduría” Salmo 105:21, 22. Dios se manifestó por medio de José no solo a Egipto, sino a todas las naciones relacionadas con ese poderoso reino. Quiso hacerlo un portador de luz para todos los pueblos, y lo colocó en el segundo puesto, después del trono, en el mayor imperio del mundo; para que el beneficio de la iluminación celestial pudiera extenderse lejos y cerca. José representaba a Cristo, por su sabiduría y justicia, por la pureza y benevolencia de su vida diaria y por su devoción a los intereses de la gente, a pesar de que era una nación de idólatras. En su benefactor, por quien todo Egipto sentía gratitud y alabanza, ese pueblo pagano, y por su medio todas las naciones con las cuales se relacionaba, había de contemplar el amor de su Creador y Redentor (*Testimonios para la iglesia*, t. 6, pp. 223, 224).

El corazón en el cual reina el amor será guiado hacia un comportamiento bondadoso, cortés y compasivo hacia los demás, sean estos o no de nuestro agrado, sea que nos respeten o que nos traten mal. El amor es un principio activo; nos hace tener presente siempre lo bueno que hay en los demás, guardándonos de esta manera de las acciones desconsideradas para que no perdamos de vista nuestro objetivo de ganar almas

para Cristo. El amor no procura lo suyo. No inducirá a las personas a que busquen su propia comodidad y complacencia. Es la pleitesía que le rendimos al yo lo que a menudo nos impide crecer en amor...

Otro punto sobresaliente en el carácter de José, digno de ser emulado por todo joven, es su profundo afecto filial. Al encontrarse con su padre, con sus ojos llenos de lágrimas, se abrazó afectuosa y amorosamente de su cuello. Al parecer sentía que todo lo que hiciera para brindarle comodidad a su padre no era suficiente, y lo cuidó durante sus últimos años con un amor tan tierno como el de una madre. No escatimó esfuerzo alguno para mostrarle respeto y amor en toda ocasión. José es un ejemplo de lo que debe ser un [hijo] (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, pp. 116, 117).

[S]i nos allegamos a Dios sintiéndonos desamparados y necesitados, como realmente somos, y con fe humilde y confiada presentamos nuestras necesidades a Aquel cuyo conocimiento es infinito y que ve toda la creación y todo lo gobierna por su voluntad y palabra, Él puede y quiere atender a nuestro clamor, y hará resplandecer la luz en nuestro corazón. Por la oración sincera nos ponemos en comunicación con la mente del Infinito. Quizás no tengamos al instante alguna prueba notable de que el rostro de nuestro Redentor se inclina hacia nosotros con compasión y amor; y sin embargo es así. Tal vez no sintamos su toque manifiesto, mas su mano se extiende sobre nosotros con amor y piadosa ternura.

Cuando imploramos misericordia y bendición de Dios, debemos tener un espíritu de amor y perdón en nuestro propio corazón (*El camino a Cristo*, p. 97).

Viernes, 13 de agosto: Para estudiar y meditar

Obreros evangélicos, “Cómo prepara Dios a sus obreros” pp. 284, 285;

Hijos e hijas de Dios, 26 de mayo, “En perdón”, p. 155.